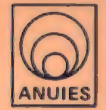
ANUIES

AREA:
FILOSOFIA

TEMAS
BASICOS

Qué es Filosofía
Raíces Clásicas de la Filosofía Contemporánea
Formas de Argumentación
Descripción Fenomenológica
Método Dialéctico
Filosofía y Ciencia
Ideología y Epistemología
Arte y Sociedad
Estética
Etica y Sociedad
Filosofía Latinoamericana
Ilustración y Filosofía Latinoamericana

Filosofía Latinoamericana



LEOPOLDO ZEA





DR. LEOPOLDO ZEA

Centro de Estudios Latinoamericanos
Fac. de Filosofía y Letras
UNAM.

La Filosofía Latinoamericana

1976

Programa Nacional de Formación de Profesores
ASOCIACION NACIONAL DE UNIVERSIDADES
E INSTITUTOS DE ENSEÑANZA SUPERIOR

Primera edición: México, 1976

Programa Nacional de Formación de Profesores

ASOCIACION NACIONAL DE UNIVERSIDADES
E INSTITUTO DE ENSEÑANZA SUPERIOR
Insurgentes Sur 2133, 3er. piso
México 20, D.F.

Edición a cargo de:

EDITORIAL EDICOL, S.A.
Blvd. M. Avila Camacho No. 40-316
Naucalpan, Edo. de México
557-74-55
557-75-66

Diseño de la portada:

Arturo Silva

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

Pág.

Presentación

PRESENTACION DE LOS MODULOS DE FILOSOFIA

La nueva estructura del ciclo superior de la enseñanza media, propuesta por la ANUIES, ha sido concebida a la luz de un objetivo formativo: el desarrollo armónico de las capacidades intelectuales y comunicativas del alumno.

Se busca que el alumno comprenda la estructura lógica del método científico, utilizándolo en la solución de sus problemas reales, y que adquiera técnicas y habilidades de lectura eficiente y de expresión precisa. Para alcanzar este objetivo, la ANUIES ha reelaborado los programas de asignatura y los materiales de enseñanza para las diversas áreas de actividades escolares, contenidos en la serie "TEMAS BASICOS".

La presente publicación forma parte de esta serie en el *Area de Filosofía,* cuya coordinación estuvo a cargo del Dr. Abelardo Villegas. La colección total de los Temas Básicos para esta área ofrece los contenidos correspondientes a los dos semestres en que se divide el programa. Los Temas proporcionan al estudiante los elementos y las categorías para que pueda entender qué es la filosofía y cuáles son sus métodos y procesos de investigación. Se plantean los problemas básicos de la filosofía y las posiciones filosóficas más importantes de nuestro tiempo para que el alumno aprenda a estar en constante diálogo con la cultura filosófica de su época.

En razón de su correspondencia con el Programa de Filosofía para el ciclo superior de la enseñanza media y de su distribución en módulos independientes, el conjunto de módulos ofrece la ventaja de una gran flexibilidad en su empleo, ya que puede ser adoptado en bloque como libro de texto, como material complementario de los textos escogidos en las escuelas, como libro de consulta para estudiantes al inicio del ciclo profesional o como fuente de conocimientos para lectores autodidactas.

Con estas publicaciones se da cumplimiento a los acuerdos de la ANUIES, suscritos en Villahermosa y Tepic. Esperamos que su utilización por profesores y estudiantes permita el logro de los objetivos propuestos y con sus comentarios y aportaciones enriquecerlos en futuras ediciones.

Lic. Alfonso Rangel Guerra
Secretario General Ejecutivo

Asociación Nacional de Universidades
e Institutos de Enseñanza Superior

1. ¿Existe la Filosofía Latinoamericana?

1.1 ¿Es filosófica la interrogación sobre la existencia de una filosofía latinoamericana?

Desde hace más de un siglo, desde 1842, se viene hablando de filosofía latinoamericana. Quien primero se planteó formalmente esta preocupación, fue el argentino Juan Bautista Alberdi (1810-84) en un cursillo ofrecido en Montevideo, Uruguay. Preocupación que ha vuelto, una y otra vez, en las meditaciones de lo que podremos llamar nuestra filosofía. Preocupación que empieza por una interrogante: ¿Existe una filosofía americana? Una extraña pregunta que no se plantearán los filósofos que han hecho, a lo largo de su historia, lo que consideramos como filosofía. Ni Platón, ni Aristóteles, ni ningún otro filósofo griego se plantearon jamás el problema de la existencia de una filosofía griega. Ni qué decir de Marco Aurelio, Epicteto o Boecio que nunca hablaron sobre la posibilidad o existencia de una filosofía latina. Ni Hobbes ni Locke sobre la existencia de una filosofía inglesa.. Como tampoco Descartes o Voltaire sobre una filosofía francesa. Lo que también podríamos decir de un Kant o un Hegel respecto a la existencia de una supuesta filosofía alemana. Lo griego, lo latino, lo inglés, francés o alemán les viene a estas filosofías de su origen concreto. Sin que este origen haya sido objeto de preocupación alguna.

¿Por qué, entonces, los latinoamericanos nos vemos forzados a iniciar, este nuestro filosofar, planteándonos el problema de si tal filosofar es latinoamericano? ¿Por qué es que los filósofos griegos, los latinos, los ingleses, franceses o alemanes no se han planteado tal problema y, sin planteárselo, han hecho, pura y simplemente, filosofía? Ya el planteamiento mismo, parece darnos una respuesta, la que viene a ser la negación misma de la filosofía por la que nos preguntamos los latinoamericanos. Interrogarnos por una filosofía americana, o latinoamericana, es interrogarnos por algo que parece ser ajeno a lo que hasta ahora se ha considerado como filosofía. Esto es, nos preguntamos por algo accidental, por lo Americano en este caso, no de la filosofía sino de los sujetos que la han hecho posible. Pero la filosofía misma, en sus frutos, resulta ser ajena a esta accidentalidad. Los problemas que se han planteado los filósofos considerados como auténticos tienen características universales. Preguntarse por algo tan concreto como el lugar de origen, la raza, el color la edad de quien filosofa resulta tan ajeno a lo que ahora se ha considerado como filosofía como el preguntarse por lo americano de esta nuestra filosofía.

La filosofía, dicen quienes cuestionan tal preocupación, se refiere siempre a problemas universales, eternos, por lo cual no puede ser sometida a determinaciones geográficas o temporales. La filosofía se enfrenta a grandes problemas. A problemas que trascienden la preocupación por temas circunstanciales. La filosofía plantea problemas y busca soluciones que van más allá de las situaciones concretas de quienes hacen o han hecho lo que llamamos filosofía. Se plantea, por ejemplo, el problema de Dios, el problema de la existencia, el ser, la moral o la lógica. Esto es, cómo actuar, cómo pensar. Problemas frente a los cuales parece salir sobrando la preocupación por los aspectos circunstanciales de quienes filosofan. De esta forma, la pregunta sobre la existencia, o no existencia de una filosofía latinoamericana resulta ya extraña a la filosofía que buscamos. ¿Por qué, entonces, los latinoamericanos nos hemos venido planteando tal pregunta? ¿Por qué en lugar de pensar sobre la posibilidad de una filosofía que queremos llamar nuestra no nos ponemos, simplemente, a filosofar? Platón, decíamos, nunca se planteó el problema de una filosofía griega, simplemente se puso a filosofiar sobre una serie de problemas que nunca consideró fuesen accidentales buscando a los mismos soluciones definitivas.

Filosofar, nos dirán los primeros filósofos en Grecia, es afán de saber. Este afán a nosotros se nos presenta como el deseo de dar respuesta, nada más y nada menos a nuestra capacidad de pensar. Lo cual implica que esta capacidad es lo que está puesto en entredicho. Tal es lo que nos planteamos cuando nos interrogamos sobre la existencia de una filosofía que podremos considerar nuestra. Interrogación que va aún más allá de la posibilidad de esa supuesta filosofía latinoamericana. Es una pregunta que afecta a nuestro propio ser. Nuestro ser como hombres, como hombres originarios de esta nuestra América. Ya que el pensar, el reflexionar, es propio del hombre. El hombre se distingue de otros seres del universo, precisamente, por tener razón, por pensar, por reflexionar. Y es este pensar, es este reflexionar el que está siendo puesto en duda cuando nos preguntamos sobre su posibilidad entre hombres como nosotros. Esto es, nos estamos preguntando, nada más y nada menos, si somos o no somos hombres. O, al menos, qué clase de hombres somos que dudamos de nuestra capacidad para pensar, reflexionar y filosofar. Nuestro afán de saber, nuestra filosofía, se muestra como si estuviera encaminada a dilucidar la esencia de este nuestro ser hombres. Un ser, que parece menoscabado, puesto en duda, en cuanto está puesta en duda nuestra capacidad para pensar sobre la totalidad de nuestro propio ser. ¿Acaso no es sobre esta totalidad que se han interrogado las filosofías que reconocemos como tales?

Decíamos que ninguno de los filósofos, cuyo reflexionar ha quedado expresado en la historia de la filosofía, se había planteado, antes, tal problema. Simplemente pensaron, reflexionando, sin preguntarse si estaban, o

no, haciendo filosofía. Estos filósofos partían de un hecho indiscutible; el de que estaban pensando. Un hecho frente al cual no cabía duda alguna. El filósofo francés, Renato Descartes ponía en duda todo cuanto existía; el mundo que le rodeaba, su cuerpo, lo que estaba pensando, salvo una cosa, el hecho de que estaba pensando. La duda era mantenida sobre todo lo que existía, salvo sobre un hecho, el de que Descartes estaba dudando. Dudar es pensar. Esto era una realidad, de allí su afirmación, "Pienso, luego existo". Dudar es pensar, y pensar es existir. A partir de esa afirmación todo pudo, a su vez, ser reconstruido. Pero a los latinoamericanos nos sucede algo más grave, pretendemos ir más allá de la duda cartesiana. Dudamos de nuestra propia capacidad de pensar, de nuestra capacidad de reflexionar o filosofar. Dudamos, nada menos, decíamos, de nuestra propia existencia. Y es esta duda la que nos ha movido y nos mueve a filosofar. Es un filosofar que empieza por poner en entredicho la capacidad para filosofar. No filosofamos, como el resto de los filosofos, nos preguntamos, previamente, sobre nuestra capacidad para filosofar. Pareciera que esta capacidad fuese, tan sólo, prerrogativa de un cierto tipo de hombre, originada en un cierto tipo de cultura, en una cierta sociedad y no en otra como la nuestra. Algo, muy grave se cuestiona en este afán de saber que caracteriza a todo filosofar desde sus orígenes. Este algo es lo primero que se nos plantea antes de empezar el discurso, la marcha de un pensamiento del que depende, acaso nuestra propia existencia. Así de grave es la pregunta sobre la existencia, o no, de una supuesta filosofía latinoamericana.

Pero, ¿estamos, realmente, dudando sobre nuestra capacidad para pensar? ¿O simplemente estamos dudando sobre un modo de pensar que parece no coincidir con otro modo de pensar, al que calificamos como auténtica filosofía? Esto es, ¿no estamos, acaso, partiendo de un determinado supuesto, el de lo que ha de ser considerado como filosofía? Porque es innegable que, al hacernos preguntas sobre la posible existencia de una filosofía latinoamericana estamos ya, de una u otra ma-

nera, pensando, reflexionando, filosofando. Salvo que consideremos que este pensar, reflexionar o filosofar no es filosofía. O al menos no es lo que se considera como auténtica filosofía. Y pensamos así porque este reflexionar, parece no coincidir con el reflexionar que ha originado lo que llamamos filosofía. Ya lo hemos dicho, nunca antes los filósofos se habían preocupado por saber si lo que estaban haciendo era o no filosofía. Es esta una problemática que parece no haber existido en filosofía alguna. De allí la duda sobre la calidad filosófica de un reflexionar que antes ha sido ajeno a lo que consideramos como filosofía. Así, la interrogante sobre la existencia de una filosofía latinoamericana pareciera ser extraña a una auténtica filosofía, porque nunca antes los filósofos se habían planteado tal problema respecto al origen espacial y temporal de tal filosofar. Pero, el que tal problema no haya sido planteado antes ¿invalida el que pueda ser ahora planteado? En otras palabras, el que Platón no se haya planteado el problema de una posible filosofía griega, o Descartes el de una filosofía francesa y Kant el de una filosofía alemana, ¿invalida el que tal pregunta pueda ser objeto de una reflexión auténticamente filosófica? ¿No será que en este interrogante nos va a los latinoamericanos algo tan importante como a los filósofos del viejo continente la pregunta sobre el ser, el conocer y el querer?

1.2 ¿Reflexionar inauténtico y asistemático?

Al preguntarnos sobre la existencia de una posible filosofía americana o latinoamericana estamos ya, necesariamente, partiendo de una cierta idea de lo que se entiende por filosofía. La pregunta la origina la existencia de una cierta forma de reflexionar a la que consideramos filosófica y que, por determinadas razones, nos ha sido ajena. Preocupación, insistimos, que nunca antes se había planteado a los autores del reflexionar que consideramos filosófico. Consideramos como filosófico una cierta forma de pensar que partiendo de Tales de Mileto llega hasta las últimas expresiones de la filosofía de nues-

tros días. La temática de este reflexionar, que consideramos filosófico no es, sin embargo unitaria. Las expresiones de este filosofar son múltiples, sin embargo, lo que puede tener de común tal reflexionar, al menos para nosotros, es que nunca se preocuparon por plantearse el problema de que su reflexionar no fuese filosófico. En otras palabras los filósofos, reflexionaron sobre diversos temas y problemas pero sin tener en la mente la preocupación por un determinado modelo de pensar. Porque ésto es lo que nos pasa a los latinoamericanos: reflexionamos en función con unos determinados modelos a los que consideramos filosóficos. Y encontramos que nuestro reflexionar ha sido ajeno a ellos. Reflexionamos sobre temas y cosas que para la *auténtica* filosofía carecían de importancia.

Y aquí hablo yo de otra preocupación que es propia de este reflexionar, la *autenticidad;* existe, al parecer, filosofía auténtica y filosofía inauténtica. Auténtica se dirá la que se ha hecho de Tales a Sartre; Inauténtica la que hemos hecho los latinoamericanos. Lo auténtico es lo que ha originado el reflexionar europeo u occidental a lo largo de su historia. Inauténtico lo que ha surgido de este lado del Atlántico. Y digo del Atlántico porque sólo consideramos filosofía auténtica al reflexionar europeo y, en cierta forma, algunas de sus expresiones pragmáticas o lógicas en los Estados Unidos. Frente a este reflexionar, el nuestro, el latinoamericano sería como diría Hegel, hablando de la cultura de nuestra América: "eco del Viejo Mundo y reflejo de ajena vida". Nuestro reflexionar sería eso, eco y reflejo de algo que nos es ajeno, que nos viene de fuera. ¿Pero no es acaso expresión de este reflejo, el preguntarnos sobre la posibilidad de una filosofía americana o latinoamericana? ¿No es una reacción de reflejo este dudar sobre nuestra capacidad de reflexionar como han reflexionado los europeos u occidentales? ¿No es, expresión de este ser eco y reflejo el considerar inauténtico un reflexionar sobre nuestra capacidad o incapacidad para hacer filosofía? ¿Es inauténtico porque nunca antes, filósofo alguno, había tenido tal preocupación?

Los críticos sobre nuestra capacidad para reflexionar filosóficamente se preguntan igualmente: ¿Dónde está el Platón latinoamericano? ¿Dónde el Kant o el Hegel? Imaginemos a los filósofos ingleses, franceses o alemanes preocupados por no tener un Platón o un Aristóteles. De haber tenido tal preocupación con seguridad nunca habrían tenido un Locke, un Descartes o un Hegel. Ninguno de ellos es, por supuesto, Platón ni Aristóteles, ni su preocupación filosófica les vino de su afán por semejarse a ellos. Pura y simplemente se plantearon los problemas de su mundo y de su tiempo. Al igual que Platón y Aristóteles se plantearon los problemas de su mundo y de su tiempo. Algunos les han sido, formalmente comunes por razones obvias, como el problema del conocer, el actuar, la salvación. Temas comunes porque son problemas comunes a todos los hombres, filósofos o no. Preocupación que no les ha venido a los filósofos por el hecho de que otros filósofos se los hayan planteado antes, ni por el afán de ser considerados filósofos. A ninguno de ellos les preocupó el hecho de si hacían, o no, auténtica filosofía. Simplemente se pusieron a reflexionar, a filosofar, sobre lo que consideraban eran los problemas a resolver para el hombre.

Lo mismo Tales de Mileto, en la antigüedad, como Marcuse en nuestros días, se han planteado los problemas que su tiempo y su mundo imponían e imponen al hombre, tratando de dar a tales problemas las soluciones adecuadas. Soluciones, de ser posible, definitivas y por lo mismo eternas y universales; esto es, válidas para todos los hombres y en todos los tiempos, aunque reconociendo, finalmente, el inútil, pero necesario afán de este esfuerzo. Un esfuerzo, una y otra vez renovado a través del tiempo, de la historia. La historia misma de esa filosofía que tanto preocupa a nuestros pensadores latinoamericanos. Originándose, de esta forma, lo que podríamos llamar el discurso filosófico, esto es, la ineludible relación de un reflexionar con otro, reflexionar criticando o completando lo expuesto y lo propuesto como solución, para encontrar nuevas soluciones, en una cadena que sólo podrá terminar con el hombre mismo. Pero nada tiene que

ver este discurso con la anhelada autenticidad que nos planteamos. Ya que es un filosofar auténtico por naturaleza y no porque se proponga serlo. La inautenticidad proviene, precisamente de este querer ser, previamente auténtico, en relación con modelos que son, también previamente, considerados como tales. No es el modelo, un determinado modelo, lo que importa al reflexionar filosófico auténtico, sino el problema que ha de ser resuelto. El problema, que una y otra vez se va planteando el hombre en relación con su mundo. El discurso filosófico auténtico se encuentra, así ligado por la autencidad de esta preocupación.

Quienes ponen en duda la existencia de un reflexionar filosófico latinoamericano, realizado por hombres de esta nuestra América, se preguntarán, igualmente por la existencia de algún sistema filosófico latinoamericano. Se preguntan: ¿Dónde está un trabajo equivalente a *La metafísica* de Aristóteles, el *Discurso del método* de Descartes, *La crítica de la razón pura* de Kant, *La fenomenología del espíritu* de Hegel, *la filosofía positiva* de Comte, etcétera? ¿Qué latinoamericano ha originado un sistema equivalente a estos trabajos? A lo más que se ha llegado, ha sido a las caricaturescas imitaciones de un sistema; a pretensiones fallidas de algún sistema, tropicalismo de esta o aquella especie. Los latinoamericanos más que filosofar han pensado, se dice, igualmente, por ello más que filósofos conviene llamarles pensadores. Es en este sentido que se ha visto, en general, la reflexión latinoamericana. Es más correcto, se dice, hablar del pensamiento latinoamericano que no de filosofía latinoamericana. ¿Por qué? Porque, se contestó, inclusive formalmente los latinoamericanos no han originado sistema alguno, partiéndose de la idea de que sólo lo sistemático es filosófico. Pero ¿es esto correcto?

De ser así, no sólo quedaría fuera de la filosofía el llamado pensamiento latinoamericano sino, también igualmente, un conjunto de expresiones de lo que los mismos europeos y occidentales llaman filosofía. La filosofía no es sólo un pensar sistemático. La filosofía puede

expresarse y se ha expresado en otras múltiples formas que no son sólo las sistemáticas. Y si no, ¿dónde dejaríamos el *Poema* de Parménides? ¿Las *Máximas* de Epicteto? ¿*Los Diálogos* de Platón, así como *La apología de Sócrates*? Y dónde *Los Pensamientos* de Marco Aurelio?, ¿*Los Pensamientos* de Pascal, y el *Teatro* de Jean Paul Sartre? No es, no puede ser, una determinada forma lo que determine el carácter filosófico de una reflexión. Lo que importa es la búsqueda, aquello que se quiere lograr, lo que se pretende, por así decirlo, salvar. Y cada uno de los hombres que consideramos filósofos han tratado de salvar algo. Algo propio del hombre. Pero del hombre concreto. Del hombre en una determinada circunstancia, en un espacio, en un tiempo. Salvar las circunstancias, ¿por qué no los latinoamericanos?

1.3 Sobre la supuesta falta de originalidad

Aquí se plantea también otro problema. El de la originalidad de la filosofía. Un problema, que tampoco, se habrán planteado al reflexionar lo que *nosotros* los latinoamericanos consideramos como filosofía. ¿Es nuestra reflexión una reflexión original? Nos preguntamos. Se vuelve a replantar la duda sobre nuestra capacidad para reflexionar filosóficamente. Esto es, la duda respecto a reflexionar como han reflexionado otros hombres a los que consideramos filósofos. Lo primero que se nos ocurre preguntarnos es si tiene importancia esta preocupación. ¿Qué importancia tiene el que podamos o no reflexionar como han reflexionado los que llamamos filósofos? Y cabe una primera respuesta, que ya en otras ocasiones, se ha ofrecido: si no reflexionamos de esta forma será porque no hemos tenido necesidad de hacerlo. Pretender hacerlo sólo porque queremos que nos consideren filósofos sería expresión de inautencidad. Pretender reflexionar, por ejemplo, a la manera de Platón, Aristóteles, Kant, Hegel o cualquier otro filósofo, sólo porque han reflexionado así y porque queremos ser considerados como ellos, sería la expresión más absoluta de inautenticidad. Si nos preguntamos cómo es que ellos han ori-

ginado esa su filosofía, nos encontramos que no ha sido por preocuparse por parecerse a este o aquel filósofo. Es más, ni siquiera porque pretendieran ser considerados filósofos. La filosofía no es una profesión, como lo puede ser la abogacía, la medicina, la ingeniería o la arquitectura. Profesión puede ser la enseñanza de la filosofía; ésto es, la enseñanza de como los filósofos han reflexionado a través de la historia, pero no la filosofía misma. Ninguno de los hombres a quienes consideramos filósofos ha pretendido que se le de el título de tal. Es más, en sus orígenes la filosofía tiene una connotación que muestra su extrañeza a esta pretensión. Porque estos hombres se llamaban así mismos filósofos, antes de ser llamados Sophos, Sabios. Pretensión que implicaba la posesión de un conocimiento que, de hecho, ningún hombre alcanza. Por ello, los primeros grandes filósofos, como Platón, Aristóteles y otros prefirieron que se les llamase simplemente filósofos. Esto es, amantes del saber, deseosos de saber, afanosos de saber, pero no sabios. Toda su preocupación se encaminó a expresar este afán. Se preocuparon por lo que ellos llamaron *aporías,* esto es, callejones sin salida, queriendo darles salida. Negándose siempre a ser considerados sabios. El filósofo ahora parece haber adquirido una categoría semejante a la de sabio. Porque se ha hecho del afán de saber primitivo un saber rígido, al que ha de adaptarse todo reflexionar que quiera ser llamado filosófico.

Ya no es el afán de saber el que da sentido a este reflexionar sino la preocupación por semejarse a este o aquel filósofo, la falsa preocupación por hacer filosofía o no, por reflexionar filosóficamente. Entonces ¿lo que hemos reflexionado, a lo largo de esta nuestra historia, que también la tenemos, no es filosofía? Bueno, qué importa, y remedando a Hegel, sin preocuparnos mucho por el remedo, podríamos añadir "peor para la filosofía". Esto es peor para un reflexionar tan estrecho que no cabe en él el pensar de otros muchos hombres, como lo sería el reflexionar de los hombres de esta América. Lo cierto sin embargo, es que tal filosofar no ha sido, ni puede ser, tan estrecho. La limitación le viene, no del mismo

filosofar sino de los criterios que usan quienes han hecho de cierto filosofar la única reflexión filosófica posible. Porque, ¿quién determina el carácter filosófico, o no, del pensamiento latinoamericano? ¿Quién o qué determina la calificación de filosófico de un reflexionar que, para serlo no necesita de tal calificación? Calificación innecesaria porque nada va a ganar el pensamiento latinoamericano por el hecho de que se le considere filosófico. Ya que con el criterio, que hace de la sistematización algo esencial a la reflexión filósofica, quedarían fuera de la misma historia de la filosofía occidental muchas de las expresiones de esta filosofía. Eliminación que, en forma alguna afectaría a la legitimidad de las diversas expresiones del pensamiento filosófico. Platón, por ejemplo, no dejaría de ser el gran filósofo que es, por el hecho de que se considerase que el diálogo no es una forma correcta de filosofar. Nada sucedería tampoco con Parménides si se considerase que el poema, el verso, es también una forma inauténtica y ajena a la filosofía en sentido estricto. Como tampoco Pascal quedaría fuera de esta historia de la filosofía por expresarse en pensamientos o cartas. Ni Sartre por usar el teatro, el cuento o la novela para exponer su filosofía. Con seguridad, Platón, que había renunciado a ser llamado sabio, para aceptar sólo el de afanoso del saber, renunciaría, también al calificativo de filósofo, si este equivaliese a un conocimento tan limitado y pretencioso como el que implicaba el de sabio. Porque a ningún filósofo, insistimos, le ha preocupado ser llamado tal, sino pura y simplemente le ha preocupado reflexionar, enfrentar, los problemas que se plantean al hombre, a ellos mismos como tales, al mundo, la realidad que le ha tocado en suerte. Por ello, peor para la filosofía si la misma no puede abarcar las múltiples expresiones de la reflexión del hombre sobre sí mismo y su realidad.

Paradójicamente, los mismos que niegan la existencia de un reflexionar latinoamericano, que pueda ser llamado filosofía, ya que no encuentran en este reflexionar ninguna expresión de un pensamiento sistemático semejante a los producidos por la filosofía europea, sos-

tienen, igualmente que Latinoamérica no ha producido nada original en este campo. Esto es —como si repitiesen a Hegel— sostienen que el pensamiento latinoamericano, producido hasta ahora, ha sido simple eco y reflejo del pensar filosófico europeo. Pura y simple imitación de lo que otros han hecho. Incapaces de crear una filosofía, simplemente la han imitado, repetido y difundido. Pero, cabe preguntarse, ¿no es ésto lo que se está proponiendo cuando se critica a este mismo pensamiento por no haber originado nada semejante a lo producido por la filosofía europea? Ningún latinoamericano ha producido un sistema semejante a los grandes sistemas creados por la filosofía europea. Y cuando lo ha intentado —nos dicen— sólo han originado "malas copias" de este filosofar. Pero ¿qué es ésto de "malas copias"? Esto es, ¿que no se asemeja plenamente a lo que debería ser su modelo? ¿Quiere esto decir, que para ser plenamente filósofos deberíamos producir copias perfectas de esa filosofía? ¿Deberíamos ser pleno eco y reflejo de esa filosofía? ¿En qué consiste, entonces la originalidad? ¿No estará, precisamente, en ese no poder ser calcas exactas de otro pensamiento, aún habiéndonos propuesto tal cosa? Todo esto quiere decir que, pese a la opinión de Hegel, los latinoamericanos, aun queriendo imitar hacen otra cosa. Y esa otra cosa tiene que ser, necesariamente original respecto a su modelo. Pero es a partir de esa originalidad, el no ser plenamente como los modelos, que quienes rastreamos la existencia de un filosofar latinoamericano encontramos expresiones de esa su existencia. Algo, que es propio del hombre que piensa y de su realidad, penetra en la supuesta copia impidiendo que sea simple calca de un pensar ajeno.

De una u otra forma, hacemos con la filosofía ya existente, lo que toda filosofía hace con la que le precedió. Esto es, la asimilamos, nos servimos de ella para apoyar nuestro propio reflexionar; pero es este reflexionar el que priva en tal asimilación. Todo pensar se apoya en lo ya pensado para continuar y ampliar la reflexión. Aristóteles, por ejemplo, no imita a su maestro Platón; partiendo del conocimiento de la filosofía del mismo

trata de ir más allá de las soluciones por él ofrecidas. Sobre los hombros de su maestro amplía el horizonte de conocimiento del mismo. Por ello los frutos de esta filosofía no podrán nunca, ser vistos, como malas copias de un filosofar que nunca pretendió repetir, sino prolongar. Tal es lo que sucede con el reflexionar propio de esta nuestra América. No busca imitar otro reflexionar, simplemente se apoya en él para realizar su propia reflexión. La reflexión sobre una realidad que no es naturalmente, semejante a la realidad que ha sido propia del filosofar utilizado. Es la nueva realidad la que se hace expresa en los frutos de este nuevo filosofar pareciendo, a quienes niegan la posibilidad de un pensar latinoamericano, que se trata sólo de malas copias de originales que nunca se propuso repetir.

¿Qué es entonces, la originalidad? Originalidad no es, por supuesto, el sacar algo de la nada. Originalidad es hacer de lo ya existente, algo distinto. Crear es recrear, esto es, cambiar un orden por otro, sin que este otro haya salido de la nada como dicen que Jehová hizo al universo. Ser original, es ser capaz de recrear el orden existente, partiendo de sus innumerables posibilidades de reacomodo y reajuste. Tal es lo que hace toda auténtica filosofía: conoce la realidad y los problemas que le plantea al hombre para reajustarla, acomodarla, de acuerdo con las necesidades propias de este hombre. En nuestro caso concreto, son respuestas a los problemas propios del hombre de esta América.

¿De dónde viene, entonces el planteamiento que niega a nuestro reflexionar calidad filosófica? No viene, por supuesto, de la filosofía misma, sino de su profesionalismo. La filosofía, en sí, no es una profesión. Profesión puede serlo su enseñanza, pero no el filosofar. La filosofía es una *actitud* ante la realidad que trata de conocer y, como tal, al alcance de todos los hombres. Por ello la interrogante respecto a que si los latinoamericanos podemos o no filosofar sólo puede provenir de quienes han hecho de la filosofía una profesión. Porque es el profesional de la filosofía el que, reflexionando sobre ella,

sobre los frutos de la misma, señala sus supuestas posibilidades y limitaciones. Son los profesores de la filosofía, los que lo estudian como un objeto, los que deciden, según sus diversos criterios, qué es lo filosófico y qué no lo es. Sin que tal decisión afecte al hecho mismo del filosofar, a su autencidad y a su originalidad. El filósofo, decíamos ya, reflexiona sin preocuparse por la opinión que sobre este reflexionar puedan tener los profesionistas de la filosofía.

¿Dónde está, entonces, la originalidad que se reclama a la filosofía? No, por supuesto, en la imitación de un sistema, por bueno que este pueda parecer. La originalidad está en la autenticidad de la reflexión. Si algo habrá que imitar de la filosofía realizada, no serán los frutos de esta filosofía, sino la actitud que les dio origen. De ello tienen ya clara y plena conciencia nuestros pensadores al reclamar a los latinoamericanos una actitud semejante. No se trata de imitar este o aquel sistema, esta o aquella filosofía, sino de tomar la actitud que tomaron los creadores de los mismos ante la realidad que les tocó en suerte. Pensaron, simplemente, sin preocuparse por cumplir determinados requisitos, menos aún los propios de otro reflexionar. Lo importante será la autenticidad de la reflexión que, lo propiamente filosófico se dará por añadidura.

Tal es lo que han propuesto y proponen los pensadores latinoamericanos que han creído y creen en la existencia de un reflexionar filosófico latinoamericano. Un reflexionar tan auténtico como lo ha podido ser el de los grandes y pequeños filósofos de Europa y el llamado mundo occidental. Se trata de reflexionar, esto es, de volverse sobre sí mismo y sobre la propia realidad, enfrentando sus problemas y tratando de darles la solución más adecuada, lo más amplia y, de ser posible, la definitiva. De lo que se trata, nos decía ya uno de esos filósofos latinoamericanos, el chileno José Victorino Lastarria (1817-88), es de hacer propio el espíritu que ha permitido a Europa crear una cultura y, con ella una reflexión auténticamente filosófica. Una cultura y con

ella una ciencia que han surgido de la reflexión sobre su realidad, la propia de Europa, y no sobre realidades que les podían ser la ajenas. "¿Estamos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, se preguntaba el venezolano Andrés Bello (1781-1865), sin atrevernos a discutirlas, a ilustrarlas, con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad?". Si así fuese estaríamos traicionando a la misma ciencia, a la misma filosofía que tratamos de imitar, "que nos prescribe el examen, la observación atenta y prolija, la discusión libre, la convicción concienzuda". Y agregaba, "¡Jóvenes, Aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia de pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esta es la primera filosofía que debemos aprender de Europa". En otras palabras, si algo debemos de imitar ha de ser actitud crítica y no los frutos de esa actitud.[1]

1.4 Sobre la autenticidad filosófica

Ahora volveremos a plantearnos el problema de la autenticidad en la filosofía. Toda filosofía, se dice, debe ser auténtica. ¿Auténtica en qué sentido? Auténtica en la actitud frente a la realidad a que ha de enfrentarse el filósofo. Desde este punto de vista será inauténtica toda filosofía que repita, que copia simplemente los problemas y soluciones de otra filosofía. Esto sólo podrá hacer el profesor de filosofía, cuya única función es la de dar a conocer la historia de lo problemas que se plantea y el estado en que se encuentra la filosofía, sin pretender aportar nada a la misma. Será por ello auténtica esta tarea si cumple tal función, pero inauténtica si además pretende limitar la posibilidad de la filosofía en función con lo realizado, hasta ahora. ¿Por qué es entonces, auténtica la filosofía de un Platón, de un Descartes, de un Locke

[1] Zea, Leopoldo. *El pensamiento latinoamericano*, Ariel-Seix Barral, México, 1976. 3a. Edición.

o un Hegel, entre otros muchos? Simplemente porque cada uno de ellos, reflexionó sobre los problemas que le planteaba su realidad buscando dar solución a los mismos. Platón se enfrentó al gran problema de su tiempo, el de la crisis de la cultura helénica expresada en las Guerras del Peloponeco, de las que fue testigo. Descartes se enfrentó a la crisis del Mundo Antiguo y el nacimiento del Moderno, expresado en la guerras de religión y el nacimiento de una ciencia que negaba los dogmas de una religión ya anquilosada. Locke, por su lado, a los problemas que se planteaban a un conocimiento que hacía de lado la metafísica y mostraba al hombre su capacidad para dominar la naturaleza y ponerla a su servicio. Hegel reflexionó frente al cambio que para el mundo representaba la Revolución Francesa como máxima expresión de la libertad y el supuesto término de la relación Amo-Esclavo en que había descansado el mundo antiguo puesto en crisis.

Lo importante para todos estos filósofos fue la solución de los problemas que les planteaba la realidad. Nunca estuvo en su preocupación la creación de un determinado sistema. Este fue, cuando se produjo, simple expresión de su pensamiento, pero nunca la meta por alcanzar. Lo importante fue la crítica de la realidad, para hacer conscientes sus problemas y buscar sus soluciones. Y nada importó en esta crítica la forma de su enfrentamiento o el método utilizado. Cuando el instrumental existente no bastó se creó el adecuado. Nunca pensaron dentro de un corsé elaborado por este o aquel profesional de la filosofía. El instrumental de conocimiento fue, en muchas ocasiones ingenuo, pero adecuado para la comprensión de los problemas que se planteaban y de las soluciones que tenían que dar a los mismos.

Ingenuo, en este sentido, fue el reflexionar de los llamados filósofos presocráticos. Para explicarse y explicar el mundo que vivieron y los problemas que éste planteaba a los hombres de su tiempo, se sirvieron de los conceptos a su alcance. Buscando explicar el movimiento, el cambio de la naturaleza y del hombre mismo, encontraron en los elementos naturales la explicación de los mismos. El agua, el fuego, el aire fueron expresión de lo permanente frente a la angustia del cambio. Los ríos corren, dirá Heráclito, pero son siempre los mismos ríos. El hombre es niño, joven y viejo, pero es el mismo hombre. El hombre que nace y muere, pero siempre es el hombre. De esta forma se trataba de dar seguridad al hombre angustiado por un cambio en el que le iba su mismo ser. Reflexionar ingenuo, pero auténtico. Auténtico porque estos primeros filósofos a lo que aspiraron no fue a filosofar por filosofar, sino a resolver los problemas de su ser. Filosafar fue, para ellos, una tarea y no una meta. La meta la marcaba la posible solución de los problemas que se planteaban.[2]

La misma filosofía europea ha puesto en crisis, esto es, ha sometido a crítica su propia reflexionar. Un reflexionar auténtico en su origen, pero que ha acabado anquilosándose, acartonándose, al transformarse en instrumento de manipulación de este o aquel grupo de intereses. Una filosofía que se origina en el enfrentamiento de la conciencia a su realidad y en la preocupación por transformarla para mejor servir al hombre, puede convertirse en abstracciones ajenas a este mismo hombre. Se hablará aquí, del hombre, pero del Hombre con mayúscula. Se hablará, igualmente, de la libertad, pero la Libertad, con mayúscula; de la justicia, pero la Justicia con mayúscula. Sin que este Hombre, esta Libertad y esta Justicia, tengan nada que ver con el hombre concreto que los está reclamando en lucha abierta contra quienes se las han escamoteado. Una filosofía nacida en este o aquel enfrentamiento con la realidad, puede transformarse en instrumento de conformidad, en la aceptación pasiva de sistemas, no ya filosóficos, sino sociales y políticos que en nada toman en cuenta una realidad que está pidiendo continuos cambios. La autenticidad transformada en inautenticidad. Se cristalizan filosofías, sistemas, que parecen hablar, como lo hicieron sus crea-

[2] Zea, Leopoldo. *Introducción a la filosofía,* UNAM, México, 1974. 5a. Edición.

dores, de los problemas del Hombre, pero en abstracto, sin referirse al hombre concreto. Al hombre cuyos problemas han sido motivo de la reflexión propia de toda auténtica filosofía y cuya autenticidad se escamotea en nombre de la pureza de una supuesta filosofía y de la integridad de un pensamiento que al parecer no debe mezclarse con una realidad; una realidad que ahora parece serle ajena.

"Perros Guardianes", llama Paul Nizan, un filósofo francés contemporáneo, a los profesionistas de la filosofía. A quienes hacen de las expresiones la auténtica filosofía instrumento para justificar lo que esa misma filosofía trató de cambiar. Esos profesionistas, dice, "aman abstractamente la libertad; pero apartan sus miradas de vírgenes mundanas de donde se consuma realmente la ruina de la libertad. Trasladan todos sus debates a un mundo tan puro, a un cielo tan lavado, que ninguno de ellos se arriesga a ensuciarse las manos. Y a esta higiene la llaman Filosofía".[3] De esta forma sólo se pretende guardar un determinado orden, mantener un determinado sistema. Otro filósofo, el italiano, Antonio Gramsci, opinaba a su vez sobre lo que debía ser la auténtica filosofía: "Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos *originales* —dice— sino que significa también, y especialmente, difundir crítica entre verdades ya descubiertas, socializarlas por así decir y, por consiguiente, convertirlas en base de acciones vitales, en elemento de coordinación y de orden intelectual y moral. Conducir a una masa de hombres a pensar coherentemente y de un modo unitario el presente real y efectivo, es un hecho *filosófico* mucho más importante y *original* que el descubrimiento por parte de un *genio* filosófico de una nueva verdad que se convierte en patrimonio exclusivo de pequeños grupos intelectuales".[4] Porque no hay una filosofía general, universal, sino tantas filosofías como puedan ser los problemas que se plan-

[3] Nizán, Paul. *Los perros guardianes*, Edit. Fundamentos, Caracas-Madrid, 1973.

[4] Gramsci, Antonio. *Introducción a la filosofía de la praxis*, Ediciones Península. Barcelona, 1972.

tean al hombre. Por ello el filósofo chino, Mao-Tse-Tung, preocupado como nosotros, por la auténticidad de una filosofía que pudiese enfrentar problemas reales y concretos, pedía a tal filosofía abandonase "la sala de conferencias y los libros de los filósofos, para ir hacia el campo, la fábrica, las calles; para dominar y resolver los problemas cotidianos del hombre concreto del hombre de carne y hueso. Problemas tan concretos como podría serlo la conservación de los tomates".[5] Esto es, tan concretos como lo fueron el agua, el fuego, el aire, los átomos, las ideas, el pensamiento para los hombres que al reflexionar auténticamente sobre problemas auténticos han dado origen a la filosofía que tanto nos preocupa hacer a los latinoamericanos.

Todos estos filósofos, veíamos ya, no estaban preocupados por parecerse a este o a aquel modelo. No estaban preocupados por pensar en máximas o sistemáticamente; no estaban preocupados por ser o no, llamados filósofos. Simplemente estaban preocupados por enfrentar los problemas del hombre de su tiempo, del cual ellos mismos eran expresión. Y buscar a estos problemas soluciones, de ser posible, definitivas. A un filósofo le preocupaba el cambio de la naturaleza y de sí mismo, porque en este cambio se jugaba su propio ser. Al otro la crisis de la Polis; al otro las relaciones del hombre con Dios, o bien la crisis de la cristiandad; y al otro la Revolución Francesa por lo que ésta implicaba para el cambio de la situación del hombre. O bien la mejor forma de reflexionar para conocer mejor a la naturaleza y ponerla al servicio del hombre. Siempre problemas concretos; los propios del hombre y de los hombres como sociedad cuya solución era urgente. Es en ésto que estriba su autenticidad. A su vez en nuevos problemas que estimulan al hombre a hacerse nuevas interrogantes. Pero no necesariamente los problemas que otros filósofos se han planteado, sino los problemas que los hombres de nuestros días están tratando de resolver. Por ello Paul

[5] Bel Lassen, Joel. *Filosofía y conservación de los tomates*, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1974.

Nizan pedía a la filosofía, una filosofía que tiene que hacerse con independencia de la que ya ha sido hecha, que reflexionase sobre problemas actuales "la guerra, el colonialismo, la racionalización de las fábricas, el desempleo, los abastos, es decir, sobre todos los elementos que realmente llenan la vida".[6] Especialmente todo lo que preocupa al hombre de nuestros días y sobre lo que urgen soluciones inmediatas, pese a ser circunstanciales, limitadas.

En 1959, un grupo de filósofos latinoamericanos se reunió por sexta vez, y en esta reunión, como en las anteriores, se volvió a plantear la interrogante que aquí hemos expuesto y discutido: ¿Existe una filosofía latinoamericana? Y, con buen criterio se decidió no volver a plantear jamás tal pregunta. Por ser esta una pregunta ociosa. Ya que la misma interrogante, la misma preocupación y el afán por darle respuesta era ya una forma de reflexionar filosóficamente. Quienes asistían a ese Congreso, así como quienes habían venido elucubrando sobre la posibilidad de esa filosofía estaban, de una manera y otra filosofando. Y filosofando en forma más auténtica que quienes se conformaban con exponer, glosar o supuestamente criticar esta o aquella teoría filosófica de moda. Filosofía llegada de Europa, o planteada en alguna institución filosófica de cualquier universidad estadounidense. La preocupación latinoamericana por un reflexionar que se plantease los problemas que consideraba le eran propios tenía que ser, por ello, necesariamente, distinta de la preocupación de la filosofía considerada como clásica. Sería esta una filosofía que plantease problemas que los latinoamericanos, por las mismas razones que los europeos, consideraban propios. Al preguntarse sobre sus propias carencias sobre la posible existencia o inexistencia, de un reflexionar, los latinoamericanos estaban ya, pura y simplemente, filosofando sobre una realidad concreta, la realidad concreta

[6] Nizan, Paul. *Opus. Cit.*

de esta nuestra América. Partiendo de algo concreto la propia realidad y buscando soluciones adecuadas a ésta. Una realidad que no era, exactamente como la propia realidad que habrá originado la filosofía europea. Diversa, pero no tan diversa, que no fuese expresión del reflexionar del hombre sobre sí mismo y su realidad.

2. *La Filosofía Latinoamericana y su Problemática*

2.1 Conciencia de la dependencia

No siendo ya objeto de discusión, ni de puesta en duda, la existencia de una reflexión filosófica latinoamericana, caben las preguntas, ¿cuál es la preocupación central de esta filosofía? ¿Cuáles son los problemas que han sido enfrentados y deben ser enfrentados por los autores de esta filosofía? Esta filosofía parte, ya lo hemos anticipado, de la interrogación que ha sido objeto de atención en la primera parte de este trabajo. Esto es, la pregunta sobre la existencia de una filosofía latinoamericana a la cual podemos dar ya una respuesta afirmativa. Esto es, estábamos dudando, y nada menos que sobre nuestra capacidad para reflexionar de una cierta forma. Reflexionábamos de acuerdo con unos ciertos modelos que no tenían su origen entre nosotros. Ahora bien, la preocupación por la originalidad de esta posible filosofía y sobre la autenticidad de la misma, son problemas, que sólo a los latinoamericanos parecen preocuparnos. Pero ¿son estas preocupaciones auténticamente filosóficas? Lo son, podemos afirmar, porque en ellas se está planteando nada más y nada menos, que la esencia del hombre. La esencia del hombre concreto de esta parte del planeta que llamamos Latinoamérica.

Preguntarnos sobre nuestra capacidad para pensar o reflexionar de una cierta forma, decíamos, es ya preguntarnos sobre nuestra propia humanidad. Una humanidad puesta en entredicho. Desde sus inicios el reflexionar filosófico hizo de la razón la esencia del hombre. Por ello, si la filosofía es expresión de esta capacidad del hombre para razonar, estábamos, entonces, poniendo en duda nuestra propia humanidad. O, al menos, en duda, la plenitud de la misma, ya que la medíamos con otras expresiones que, por determinados motivos, considerábamos plenas. Eran estas expresiones de lo humano, pero ajenas a nuestra experiencia las que se nos presentan como modelo, como algo a realizar. Lo plenamente humano se encontraba fuera de nosotros. Lo humano por excelencia había encarnado en otros hombres. Y sería de nuestra capacidad para asemejarnos a ellos que dependía la posibilidad de nuestra plena humanización. Dejar de ser nosotros mismos, para ser como otros hombres, pareció ser la meta de nuestra existencia. Y en lo que se refiere al reflexionar, al razonar o al filosofar, si se quería fuese auténtico, tenía que asemejarse al reflexionar, razonar o filosofar de los hombres a quienes considerábamos expresión de lo humano por excelencia. De esta forma el interrogante sobre la existencia de una filosofía latinoamericana nos plantea un problema más grave, el interrogante sobre nuestro propio ser hombres.

Lo que ha estado en entredicho ha sido nuestro ser hombres. Lo que está aún en entredicho es la humanidad de los hombres de esta América. Y ha sido, precisamente, la conciencia de esta situación la que ha originado ese extraño reflexionar sobre el que discutimos si es o no filosófico. Entredicho que se plantea en el mismo momento del Descubrimiento y Conquista de América. Los descubridores y conquistadores se plantean tal problema, pero no por supuesto sobre ellos mismos, sino sobre los entes con los cuales se tropezaban y que parecían semejarse a los hombres. ¿Son en realidad hombres? se preguntaban, tienen alguna semejanza con nosotros? se preguntan descubridores y conquistadores. Acaso, ¿no son parte de la flora y fauna de estas nuevas

tierras? Nuevas tierras para que el hombre por excelencia, como se presentan a sí mismos descubridores y conquistadores, hiciese de ellas instrumento de su felicidad. Para que las pusiesen a su servicio. Flora y fauna por explotar y, ¿por qué no? dentro de ella esos entes que sólo parecen tener parecido con los hombres, pero que de hecho son sólo parte de la flora y la fauna. En la agria polémica, con que se inicia el Descubrimiento y Conquista de América, la que sostienen Juan Ginés de Sepúlveda y Fray Bartolomé de las Casas, se hace expresa la duda sobre la humanidad de esos entes, "homúnculos" como les llama Ginés de Sepúlveda. ¿Hombres? ¿Bestias? Se aceptará la posibilidad de que estos homúnculos adquieran humanidad, pero sólo por obra y gracia de sus descubridores y conquistadores. Esto es, en cuanto estos homúnculos adquieran las cualidades propias del hombre, mediante la catequización, la enseñanza, y la asimilación de costumbres. Esto es, en cuanto se asemejan, por esos medios, a sus descubridores y conquistadores. En cuanto sean plenamente colonizados.

Nuestro pensamiento, reflexión o filosofía será, precisamente, expresión de la toma de conciencia de esta situación. Será la conciencia de la dependencia la que origine ese extraño reflexionar sobre el que inquirimos si puede o no llamarse filosofía. Interrogante que ya es, en sí, expresión de la situación de dependencia de la que han tomado conciencia los latinoamericanos. Interrogante que está animada por la preocupación que se impusiera a los hombres de esta América para que se asemejasen a sus colonizadores. Esto es, los hombres de esta América no serán considerados hombres, si no adquieren las supuestas cualidades de que hacen gala sus colonizadores. Sólo lo serán en cuanto se asemejen plenamente a ellos. En cuanto sean calca de sus señores. Señores modelo, arquetipo de lo humano por excelencia. ¿No es esta acaso la preocupación de quien pregunta sobre si tenemos o na una filosofía propia, y lo pregunta en relación con un cierto modelo de reflexionar filosófico? Se afirma que reflexionaremos filosóficamente sólo

en la medida en que este nuestro reflexionar se asemeje al reflexionar de los filósofos que han dado origen a lo que se considera la Filosofía por excelencia. Esto es, sólo en la medida en que estos siervos, o encomendados, del pensar, repitan los gestos del padre o señor. Ser como el supuesto padre o señor será la preocupación central de los hombres de esta América; lo mismo da que sean indios, criollos o mestizos. Ser como el padre o señor, aunque nunca puedan serlo plenamente. Ya que este padre, o señor, no podrá permitir, jamás una semejanza que limitaría su propio dominio. Afán inútil este de parecerse al dominador es lo que forma la larga historia, que se inicia en el momento mismo del Descubrimiento y se completa con la Conquista y colonización de nuestra América.

Es la conciencia de esta situación la que da origen a todo ese pensamiento que forma nuestra filosofía. Honda preocupación por la situación de dependencia en que se encuentra esta nuestra América y los hombres que la forman. Preocupación, también, por cambiar tal situación, dando origen a un orden que los latinoamericanos puedan considerar como propio. Un pensamiento especiàlmente político y cultural, preocupado por cambiar la situación de dependencia que ya es claramente consciente a los latinoamericanos. Es un reflexionar, por este mismo motivo, político. Lo político caracteriza a este filosofar que se origina en nuestra América; pero también es cultural, ya que parte de la conciencia de la urgente necesidad de cambios estructurales que tengan su raíz en la misma mente de los latinoamericanos. Ahora bien, ¿puede ser esta reflexión política propia de una auténtica filosofía? Por supuesto que sí. Si seguimos la historia de la filosofía europea, u occidental, veremos que toda ella culmina siempre en una preocupación política. En la política como ineludible expresión del hombre y de sus no menos ineludibles problemas. Detrás de toda metafísica se haya oculta una preocupación política. La teoría de las Ideas de Platón, culmina en *la república; la Metafísica* de Aristóteles en la *Política;* la filosofía de la historia de San Agustín en el orden propio de la

Iglesia, el *Discurso del método* de Descartes culminará a su vez en la política que orientó la Revolución Francesa y así hasta nuestros días.

Los lationamericanos se enfrentarán, de inmediato, a la búsqueda de un orden libertario que substituya el orden colonial. Cambiar a la sociedad y cambiar al hombre. Es menester un orden bajo el signo de la libertad y de hombres que cambien la herencia colonial que les fue impuesta en sus mentes por una nueva concepción del hombre y la sociedad que haga posible el régimen de libertad. Los latinoamericanos, como sus equivalentes en la historia de la filosofía, propondrán, no sólo nuevas formas de organización sino, además lucharán por su realización. Los latinoamericanos, en este sentido transitan más por el camino de la acción que sus iguales europeos. Pensarán sobre la forma de cambiar una realidad, que consideran les es ajena, pero luchando, al mismo tiempo, por hacer realidad tal pensamiento. Son al mismo tiempo, hombres de pensamiento y de acción. Filósofos y políticos.

Una de las primeras expresiones de este filosofar político latinoamericano, es la *Carta de Jamaica* escrita por Simón Bolívar (1783-1830). Un extraordinario documento de una filosofía que parte de la conciencia de la situación de dependencia que debe ser cambiada. "Los americanos —dice la *Carta*— en el sistema español que está en vigor... no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aun en esta parte coartada con restricciones chocantes... ¿quiere usted saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao, los desiertos para cazar bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede sacar esa nación avarienta". Esto es, los trabajos serviles. Y fue en función con esta servidumbre que se educó a los latinoamericanos. Nada se enseñó a los hombres nacidos en esta América, que no fuese en relación con tal servidumbre. Nada que pudiese, algún día, permitir a estos hombres autogober-

narse. Estábamos fuera, ausentes, marginados, del mundo propiamente dicho, agrega Bolívar. Nada sabían los americanos del mundo, que no fuese relacionado con su papel de siervos. Nada sabían de "la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes, ni gobernadores... diplomáticos nunca; militares sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas y casi ni aun comerciantes". No se educó a los latinoamericanos para vivir en libertad. Por ello el emanciparse tuvieron que improvisar un conocimiento de que carecían. "Los americanos —añade Bolívar— han subido de repente y sin los conocimientos previos... aun sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas formaban la jerarquía de un Estado organizado con regularidad".[7]

En estas palabras se encierra todo el sentido de la filosofía que tanto preocupará, en futuro próximo, a los hombres de esta nuestra América. Esto es, la filosofía de pueblos educados y sometidos a servidumbre y que al liberarse, han tenido que improvisar experiencias de las cuales carecían. Tuvieron que negar su servidumbre, pero a partir de la servidumbre misma. Se educaron para la libertad, pero, dentro de la esclavitud, para adquirirla. ¿Cómo? Siguiendo los extraordinarios ejemplos que otras naciones estaban dando ya al mundo. Haciendo de lado el modelo servil, para adoptar el modelo propio de la libertad. Modelo que pudo ser encontrado en la historia y acción de otros pueblos. A Bolívar se le presentan ya, como un bueno, pero difícil modelo, los Estados Unidos de Norteamérica. Un modelo que sería difícil de seguir para los latinoamericanos si éstos no adquirían previamente las virtudes políticas de los hombres que habían originado instituciones como la De-

[7] Bolívar, Simón. *Carta de Jamaica* en *Escritos políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1975. 3a. edic.

mocracia Americana. Aquella institución de que hablará, elogiosamente Alexis de Tocqueville.

La solución parecía estar en que los latinoamericanos hiciesen suya una institución política como la que habían creado los americanos del Norte. Pero sólo sería una adopción vacía, una imitación igualmente servil, si los latinoamericanos previamente no demostraban su capacidad para vivir en tal sistema. Tal será la interrogante que se plantee Bolívar respecto al futuro de esta su América. Para cambiar instituciones serviles como las impuestas por la colonización, se tendrá, previamente, que cambiar al hombre. "En tanto nuestros compatriotas —dice Bolívar— no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina. Desgraciadamente estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros... por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia". Es debido a esta herencia servil, que será más útil para los hombres de nuestra América, dice Bolívar, el Corán que la Constitución Política de los Estados Unidos. La adopción de instituciones como la estadounidense, y de instituciones como las que han originado Inglaterra y Francia en sus respectivas revoluciones, será algo explosivo, si antes, no se educa a los latinoamericanos en el uso de las mismas. Tal va a ser el sentido que animará a la filosofía de esta América.

Una extraña filosofía que parte de la conciencia de un pasado servil, el cual ha de ser negado; y que al mismo tiempo tiene que improvisar el futuro a partir de una experiencia que jamás ha vivido. Una filosofía que tiene que negar el pasado servil de sus hombres, para hacer suyas instituciones liberales que le son extrañas. Esto es deshacerse del propio pasado, por servil; para rehacerse de acuerdo con algo que les ha sido extraño, pero que implica la libertad. Destruirse a sí mis-

mos, en lo que han sido y son los latinoamericanos, para rehacerse de acuerdo con algo ideal, propio de experiencias que han sido ajenas a los hombres de esta nuestra América. Esto es, lucharán contra sí mismos, para ser lo que nunca han sido. Y en tal caso, pasar paradójicamente, de la servidumbre de la esclavitud a la servidumbre que implicará la adquisición de una libertad que no se tiene. De allí, ese pendular a lo largo de todo la amarga historia de Latinoamérica; dictaduras para el orden, o dictaduras para la libertad. Despotismo o democracias dirigidas. Aceptación del orden heredado, o aceptación de un orden del que, algún día, ha de originarse la libertad. Las luchas que se desatan entre conservadores y liberales entre federales y unitarios, pelucones y pipiolos. Aceptando el modelo ya impuesto o buscando nuevos modelos y, con ellos, nuevas formas de dependencia; formas de las que tomará también conciencia esta filosofía.

2.2 Emancipación mental

Alcanzada la liberación frente al colonialismo ibero, los países de esta América se encontraron envueltos en largas guerras intestinas. Se enfrentaban dos ideas, dos ideologías, dos filosofías, en nombre de las cuales se desangrarán los hombres de esta parte del continente. Liberados del dominio ibérico, no se liberaban de su herencia; el orden mental, social y económico que éste había impuesto a los latinoamericanos en tres largos siglos de dominación. Urgidos de soluciones para cambiar una situación que seguía siendo semejante a la creada por el colonialismo ibérico, los latinoamericanos buscarán tales soluciones entre los pueblos que ya habían, también, luchado y alcanzado su independencia, pero, también, habían logrado establecer un nuevo orden de cosas, un orden liberal y democrático, pueblos como Inglaterra, Francia, los Estados Unidos. Hacer suyas las soluciones de estos pueblos, repudiando las heredadas del colonialismo ibero, será la preocupación central de los latino-

americanos una vez rotas las relaciones de dominación con el Imperio.

De esta forma se enfrentarán dos filosofías: la filosofía heredada del orden creado por la colonización y la filosofía adoptada, de quienes había hecho de la misma instrumento de libertad y motor de progreso. Dos filosofías igualmente extrañas a los propios latinoamericanos. Una filosofía impuesta para mantener la dominación y otro adoptada, autoimpuesta, para romper con la la primera y crear un nuevo orden. Andrés Bello reflexionando sobre esta contradictoria situación escribo: "arrancamos el cetro al monarca, pero no al espíritu español: nuestros congresos obedecieron, sin sentirlo a inspiraciones góticas... hasta nuestros guerreros adheridos a un fuero especial, que está en pugna con el principio de la igualdad ante la ley, revelan el dominio de las ideas de la misma España cuyas banderas hollaron".[8] Esto es, el orden colonial siguió vivo aún sin España. Otros hombres, otros grupos, tomaban el lugar de los antiguos dominadores. La mentalidad seguía siendo una mentalidad colonial, pese a que se enarbolaron banderas de libertad y justicia. Estas banderas, tomadas de filosofías ajenas a las experiencias de los hombres de esta América resultaban simples proyectos, utopías por realizar. Pero, además, sin darse cuenta los emancipadores latinoamericanos, adoptaron nuevas formas de dominación. Dice el mismo Bello: "En nuestra revolución, la libertad era un aliado extranero que combatía bajo el estandarte de la Independencia y que, aún después de la victoria, ha tenido que hacer no poco para consolidarse y arraigarse. —Y agregaba—. La obra de los guerreros está consumada; la de los legisladores no lo estará mientras no se efectúe una penetración más íntima de la idea imitada; de la idea advenediza, en los duros y tenaces materiales ibéricos".[9]

[8] Bello, Andrés. "Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", en *Antología del pensamiento de la lengua española en la edad contemporánea.* realizada por José Gaos. Edit. Séneca, México, 1945.

[9] Bello, Andrés. *Opus. Cit.*

¿Cómo podrían —entonces—estas nuevas ideas, estas nuevas filosofías, penetrar en el duro y tenaz material que, tras largos siglos de colonización era propio de los hombres que la habían sufrido? ¿Cómo hacer que hombres formados en la servidumbre, en la esclavitud, de que hablaba Bolívar, pudiesen transformarse en hombres capaces de crear un orden liberal y democrático, semejante al establecido por los pueblos que marcaban las sendas del progreso? ¿Cómo ser como Francia, Inglaterra y los Estados Unidos? ¿Cómo pasar del despotismo a la democracia, de la servidumbre a la libertad? La generación que siguió a la de Independencia, la generación de los pensadores que tomó en lugar de los guerreros, entre los cuales estaba Andrés Bello, afirmaba: "Sólo queda un camino, completar la emancipación política con una emancipación mental". Liberarse de la filosofía que dio sentido y justificación a la dominación ibérica en América, substituyéndola por una filosofía que educase a los latinoamericanos en el uso de las libertades supuestamente alcanzadas. A esta generación pertenecerán mexicanos como José María Luis Mora (1794-1850); argentinos como Domingo Faustino Sarmiento (1811-88) y Juan Bautista Alberdi H., (1810-86), ecuatorianos como Juan Montalvo (1832-89), chilenos como Francisco Bilbao (1823-65) y José Victorino Lastarria (1817-88); cubanos como José de Luz y Caballero (1800-62) y otros muchos más.

La emancipación mental, será la segunda etapa de liberación de nuestra América. A esta tarea se entregará toda una generación tratando de romper plenamente, con la herencia cultural que había dejado el imperialismo ibérico. Herencia justificada por una filosofía que educaba a los latinoamericanos en la aceptación de su dependencia. La emancipación mental había de expresarse como reeducación de los latinoamericanos. Educar para la libertad, será la meta que se proponga esta generación de pensadores latinoamericanos. Decía el chileno Francisco Bilbao, "Al pueblo no se le puede pedir que sepa aquello de que nunca ha disfrutado en toda su vida. [Éste] no sabe sino lo que sus padres le

enseñaron, y ésto es para él el punto final de su trabajo intelectual. Lo demás lo rechaza. De aquí va a salir el espíritu y tradiciones [de estos hombres. Sus creencias] son católicas y españolas. De ahí la reacción antiliberal".[10] No se puede pedir a hombres, educados en la aceptación de la esclavitud y la servidumbre, que sepan actuar en un ámbito de libertad para el cual no están preparados. Tal debe ser la misión de los nuevos emancipadores; emancipar a los lationamericanos de la herencia colonial que les ha sido impuesta. No se puede pedir a un pueblo, que actúe racionalmente, de acuerdo con su criterio, si antes no se le ha preparado para el uso indiscriminado de su razón. Por ello hay que educarle, para el buen uso de la razón. Esto es, la razón como instrumento crítico de una realidad que ha de ser modificada una y otra vez, si así se considera necesario hacerlo. "El elemento más necesario para la prosperidad de un pueblo —dice Bilbao— es el buen uso y ejercicio de su razón, que no se logra sino por la *educación* de las masas".

¿Cuál sería, entonces, la filosofía encaminada a realizar la emancipación mental de los latinoamericanos? ¿Por qué filosofía había de ser substituido el escolasticismo que privó en la Colonia y enseñó a los latinoamericanos a pensar servilmente, y aceptar, sin discusión, verdades que su crítica no había discernido? Los hombre que se hacían estas preguntas estaban empeñados en una doble lucha, la política y la cultural. Lucha armada, por un lado, contra las fuerzas empeñadas en mantener el espíritu de retroceso, el conservadurismo y lucha ideológica, por el otro, la de la cultura y la educación, encaminada a cambiar hábitos y costumbres impuestos por la Colonia. Tales hombres se verían obligados a utilizar el arsenal ideológico y filosófico que ya otros hombres, en otras circunstancias, habían probado con éxito en lucha semejante. Adopción de la ideología y filosofía que habían hecho posible naciones nuevas como Francia, Inglaterra, los Estados Unidos. Naciones que habían

10 Bilbao, Francisco. *Sociabilidad chilena,* Santiago de Chile, 1844.

hecho de la libertad y la democracia el punto de partida de un nuevo orden. Un orden ya al servicio de los hombres y los pueblos y no al de este o aquel grupo de limitados intereses.

Pero una filosofía, y ésto es muy importante, que sólo debería ser tomada como herramienta, como instrumento, para reflexionar sobre la realidad y tratar de cambiarla, a partir de lo que ella era. "¿Cuál es la filosofía que conviene estudiar a la juventud americana? —se pregunta el argentino Alberdi. Y contesta— la filosofía americana, la filosofía de nuestra realidad, la filosofía de nuestra nación. La filosofía de una nación —agregaba— es la serie de soluciones que se han dado a los problemas que interesan a sus destinos generales. Nuestra filosofía será, pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales".[11] Tal era lo que enseñaba la misma filosofía europea. Europa había filosofado así, los latinoamericanos deberían reflexionar en la misma forma.

Esta misma filosofía europea y, con ella la norteamericana, se había ya enfrentado a situaciones como las que estaban viviendo los pueblos latinoamericanos. Por ello tal reflexionar podrá ser útil para nuestro propio reflexionar. No se trata de descubrir lo ya descubierto; sino partir de lo reflexionado para ir más allá de tal reflexión en relación con la realidad que ahora es objeto de la misma, la de esta América. "La regla de nuestro tiempo; —agrega Alberdi— es no hacerse matar por sistema alguno". Servirse, sí, de este o aquel sistema. Si este sistema nos ayuda a enfrentar los problemas de nuestra realidad. De no ser así, dejarlo de lado y buscar, o inventar si es necesario, la forma de enfrentarse con éxito a los problemas propios de la realidad de esta América. De la filosofía europea, agrega, tomaremos aquellas expresiones de la misma que sirvan mejor a nuestros intereses.

[11] Alberdi, Juan Bautista. "Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea, en el colegio de humanidades", Montevideo 1842. En *Antología* de José Gaos.

La revolución de independencia política, se sirvió de la filosofía de los Enciclopedistas, el Iluminismo, el Racionalismo de Rousseau, y otras expresiones del mismo. Nosotros debemos tomar sólo aquella filosofía que nos permita educar a los latinoamericanos en el uso de la libertad ya alcanzada formalmente, enfrentándose al mismo tiempo a una naturaleza que debía, también, ser puesto a su servicio. De las filosofías existentes, sigue Alberdi, tomaremos las de nuestros siglo XIX y, de este siglo sólo aquellas filosofías que sean más "aplicables a las necesidades sociales de nuestros países, cuyo medios de satisfacción deben suministrarnos la materia de nuestra filosofía. No aceptación indiscriminada de todas las filosofías sino sólo de aquellas que nos enseñan la forma de adquirir los hábitos que han permitido a los europeos vivir en la libertad y hacer de la naturaleza un instrumento a su servicio "...la filosofía aplicada a los objetos de un interés más inmediato para nosotros; en una palabra —dice Alberdi— la filosofía política, la filosofía de nuestra industria y riqueza, la filosofía de nuestra religión, y nuestra historia". Fuera de este interés estaría, toda filosofía que fuese contraria a toda preocupación puesta al servicio de la realidad latinoamericana. Fuera de este mismo interés, estarían filosofías metafísicas, abstractas, ajenas a la realidad que tenían que enfrentar los latinoamericanos.

Conocer, de ser posible, todas las filosofías, pero no usarlas indiscriminadamente, sino críticamente, siempre en función con la realidad a la que habían de ser aplicadas. La adopción de filosofías extrañas a las preocupaciones que deben animar a los latinoamericanos, debería ser rechazada. Por ello el cubano José de la Luz y Caballero, buen conocedor y admirador de la filosofía de Hegel, consideraba que si bien su conocimiento era bueno, como información, no lo era como instrumento al servicio de los intereses y preocupaciones de su pueblo. Su uso, por lo que se refiere a la preocupación de Luz y Caballero, la independencia de Cuba, sería negativo para estos fines. "Nadie mejor que yo —decía— podía haber recogido miel abundante en Alemania, y aun haberme

dado importancia con introducir el *idealismo* de esa nación, a quien idolatro, pero he considerado en conciencia... que podría más bien dañar que beneficiar a nuestro suelo". Igual pensaba del eclecticismo de Víctor Cousin que, al igual que el hegelianismo justificaba todos los hechos históricos como producto de una voluntad que trascendía al hombre. Los cubanos, de aceptar estas filosofías, caerían en un determinismo que les impediría luchar por su libertad. "Las consecuencias prácticas que semejante sistema filosófico había de producir tendrían que ser necesariamente perniciosas para el progreso político del mundo y muy especialmente de la Isla de Cuba —dice Luz y Caballero—, donde por la existencia de la esclavitud y sus instituciones políticas tan excesivamente ultra-conservadoras y reaccionarias, la acción enervante del eclecticismo como sistema, había de ser sentido con más fuerza".[12]

2.3 Emancipación y nueva expresión de dependencia

Pese a estas precauciones; pese a la preocupación por no aceptar filosofía alguna que no sirviese para reflexionar sobre la propia realidad americana y darle soluciones. Pese a todo esto, junto con el instrumental filosófico adoptado, se irían también adoptando experiencias extrañas a nuestra realidad y, con ellas nuevas, aunque inconscientes, formas de subordinación hacia el mundo de que eran originarias tales filosofías. Se partía de una afirmación, que ante nuestro reflexionar resultaba incontrovertible: la superioridad de los pueblos y naciones cuyas instituciones e ideas, trataban de hacer suyas los pueblos de la América Latina. Superiores eran los pueblos que marchaban en la avanzada hacia el progreso. Los latinoamericanos no aspiraban a otra cosa, que incorporarse a esta marcha; hacer suyas las instituciones liberales y democráticas que habían alcanzado estos mismos pueblos. Era menester ser como esos pueblos los

[12] Luz y Caballero, José de la. *La polémica filosófica.* Universidad de la Habana. Habana, 1946/8.

que, por la misma razón, resultaban ser superiores a los nuestros. Tal era la preocupación última de un pensamiento empeñado en descubrir su realidad para transformarla. Comparando su propia realidad con la de pueblos como el de los Estados Unidos, decía el argentino Domingo F. Sarmiento: "Reconozcamos el árbol por sus frutos; son malos, amargos a veces, escasos siempre". La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha... Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América como el mar es el océano. Seamos Estados Unidos". Y agregaba: "¡Llamaos los Estados Unidos de la América del Sur, y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes!".[13]

Será a partir de la conciencia de la inferioridad de la propia realidad, de la propia historia, de la propia formación histórica y étnica, y de la conciencia de la superioridad de las naciones, que forman el llamado mundo occidental, que se irá tejiendo la trama de una nueva subordinación, de una nueva dependencia y servilismo que no serán inferiores al descrito por Simón Bolívar. Sarmiento plantea la disyuntiva: "¿Civilización o Barbarie? Civilización es ser como las grandes naciones adelantadas del progreso. Barbarie es el modo de ser propio de los latinoamericanos, originado en la herencia que la colonización ibérica había dejado en América". Barbarie era el indio, el criollo, la mezcla con razas inferiores. Tal era el pasado, borrarlo había de ser la tarea de los civilizadores. La civilización tenía, para Sarmiento, su núcleo en las ciudades; mientras la barbarie tenía su asiento en el campo. "El hombre de la ciudad —dice Sarmiento— viste el traje europeo, vive en la ciudad civilizada tal como la conocemos en todas partes". "Saliendo del recinto de la ciudad todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje,

[13] Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonía de las razas en América*, Buenos Aires, 1883.

que llamaré *americano,* por ser común a todos los pueblos... y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla *inglesa* atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos".[14] La ciudad debe imponerse al campo, someterlo, como se somete a la naturaleza, a la flora y la fauna. ¿Pero no son también parte de esta flora y fauna los mismos naturales, los indígenas, los propios americanos educados en la servidumbre ibérica?

Deducida y aceptada la inferioridad de esta América y su cultura, así como la superioridad de los pueblos europeos, en el viejo que en el nuevo continente, quedaba también, deducido el papel que ha de tener la América Latina dentro del ámbito del progreso. Un progreso que sólo le había de venir por la asimilación racial, cultural y social latinoamericana a la raza, cultura y sociedad de los pueblos que encarnaban el progreso. "Allá —dice Sarmiento hablando de los Estados Unidos— un selecto núcleo de raza blanca lucha en defensa de su derecho; acá la raza mestiza se agita en un levantamiento desordenado, sin concepto firme de sus aspiraciones. Allá la raza conquistadora introdujo la virtud del trabajo; aquí se limitó a vegetar en la burocracia y el parasitismo".[15] Hablando también de los Estados Unidos, el chileno Bilbao dirá: "Su vida libre, individual y política, y todas sus maravillas dependen [...] de la soberanía individual y de la razón de esa soberanía: la libertad de pensamiento. ¡Qué contraste con la América del Sur con lo que era la América Española!".[16] Era el auto-gobierno frente a la servidumbre. No queda, entonces, otro camino que el incorporarse a pueblos que pudiesen hacer por esta América lo que ya habían hecho por la del Norte. "...nosotros —dice Sarmiento— necesitamos mezclarnos a la población de los países más adelantados que el nuestro, para que nos comuniquen

[14] Sarmiento, Domingo Faustina. *Facundo, civilización y barbarie,* Santiago de Chile, 1845.

[15] Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonía de las razas en América.*

[16] Bilbao, Francisco. *El evangelio americano,* Santiago de Chile, 1864.

sus artes, sus industrias, su actividad y su actitud de trabajo".[17] Esto es, hacer en esta América lo que los estadounidenses han hecho en la suya: barrer y borrar, hábitos, costumbres y razas; limpiar de indios, criollos y mestizos. Éstos eran sólo la barbarie, el pasado, lo que debe ser substituido por las razas, hábitos, costumbres y cultura que encarnan la civilización.

El pensamiento de Sarmiento, no es sino uno de los más violentos ejemplos de la filosofía de su generación, que buscó la emancipación mental de esta América para borrar el pasado servil que le ha sido impuesto. La filosofía de la generación que trató de incorporar a sus pueblos al carro del progreso. Pero los incorporó, como diría otro argentino, Ernesto Che Guevara, como "furgón de cola". Esto es, aceptando su supuesta inferioridad, con lo que se aceptó, también una nueva forma de dependencia. Pensando que sus pueblos serían incapaces de hacer de sus riquezas naturales y de su mismo trabajo, un instrumento para su propio servicio, entregaron estas riquezas y este trabajo a la dirección de los hombres y naciones que habían ya demostrado como se explota la riqueza natural y como se podía hacer que otros hombres rindieran más con su trabajo. Pensaron que, de esta forma, se incorporarían al progreso. Así fue cómo los herederos de la generación que se enfrentó a los ejércitos coloniales para dar libertad a esta América, crearon nuevos ejércitos, pero no para mantener una liberación, que consideraron imposible de realizar, sino para obligar a los latinoamericanos a incorporarse por la fuerza al progreso, obedeciendo y sirviendo a quienes lo habían hecho posible en sus tierras y naciones. Tal fue también el ideal filosófico de la generación que siguió a la de los emancipadores mentales. La generación que hizo suya la filosofía positivista para hacer de los latinoamericanos los yanquis del sur o de esta América otro Estados Unidos u otra Inglaterra o Francia. Así se crearon oligarquías, como la del Porfiriato en México, encargadas de mantener el orden que mejor sirviese a

[17] Sarmiento, Domingo Faustino. *Argirópolis,* Santiago de Chile, 1850.

sus limitados propósitos, y a los intereses de las naciones líderes del anhelado progreso. El nuevo colonialismo no necesitará de ejércitos propios para mantener el orden. Libre, soberanamente, los mismos gobernantes de las naciones latinoamericanas se encargarán de establecerlo y sostenerlo. Orden y Progreso. Primero el orden, que el progreso se daría como resultado del mismo.

Lo cierto es que la educación positivista no hizo de los latinoamericanos los yanquis del Sur, ni de los estados latinoamericanos los Estados Unidos de la América del Sur. En cambio, sí, un nuevo imperialismo se enseñoreó de esta América. Nuestros filósofos habían reflexionado equivocadamente. Queriendo hacer de sus pueblos, naciones modernas, a la altura del progreso encarnado en otras naciones, tomaron, no la actitud de sus hombres para realizarlos, sino que hicieron de los frutos alcanzados con esta actitud sus propias metas. Creyeron, simplemente que bastaba utilizar esta, o aquella filosofía, para alcanzar metas que consideraban podían serles propias, pero en realidad hicieron de ese mismo instrumental filosófico ajeno, la meta a alcanzar por sus propios pueblos. Meta extraña a estos pueblos, ajena a sus experiencias. Tan ajena era que los latinoamericanos consideraron necesario borrarse a sí mismos, negarse como pueblos, como cultura, raza, e historia, considerando que esta historia era sólo la historia de su servidumbre. Pero era de esta servidumbre de la que había que partir para poder negarla auténtica y definitivamente. Negarse a sí mismo, para ser otro, extraño a sí mismo, fue la expresión de este filosofar inauténtico.

2.4 La realidad como punto de partida

En 1898 la nación modelo por excelencia, los Estados Unidos, iniciaban su expansión imperial. Expansión que empieza por el Caribe para luego extenderse a lo largo de esta nuestra América y ocupar "vacíos de poder" que el viejo imperialismo ibero había dejado en el continente. Irónicamente, en nombre de los mismos

principios libertarios que tanto admiraron los miembros de la generación de los emancipadores mentales latinoamericanos y los positivistas, queriendo hacer de esta América otro Estados Unidos; los verdaderos Estados Unidos se dispusieron a incorporar a la América Latina al progreso; pero al progreso propio de esta poderosa nación. Ahora quedará bien claro, que nada iba a hacer esa nación por otros intereses que no fuesen los suyos. Latinoamérica, como después otras partes del mundo, sería parte del progreso, pero como simple instrumento del mismo. Los hombres y pueblos de esta nuestra América no eran sino parte de la flora y fauna por explotar. No se crearían los Estados Unidos de la América del Sur, simplemente la América del Sur pasaría a formar parte de la zona de explotación de los únicos Estados Unidos en América. Los latinoamericanos no serían tampoco los yanquis del Sur, como pensaba el mexicano Justo Sierra (1848-1912), simplemente eran parte de los grupos raciales que habían demostrado históricamente su incapacidad para el propio progreso, pero que sí podían ser obligados a mantener el de los hombres y pueblos que habían ya mostrado su capacidad para el mismo.

Como respuesta a esta expansión, y toma de conciencia de la filosofía que podía justificarla en Latinoamérica, surge otro reflexionar filosófico, otra filosofía que hará consciente la aberración en que habían caído los emancipadores mentales y positivistas latinoamericanos. Esta nueva filosofía se inicia con el pensamiento de José Enrique Rodó (1871-1917) y se expresa, centralmente, en la obra que escribe, simbólicamente, al nacer el siglo XX: *Ariel*. Rodó se enfrenta aquí a la *nordomanía,* esto es, el afán por semejarse a la América del Norte, a "la América deslatinizada". "No veo —escribe— la gloria ni el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, su genio personal, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifican la originalidad irremplazable de su espíritu, ni en la creencia ingenua de que esa puede obtenerse alguna vez por los procedimientos artificiales e improvisados de

imitación". La América Latina, tratando de semejarse, a la poderosa nación del Norte, lo que ha estado haciendo ha sido preparar la conquista moral de la misma por el nuevo imperio. Conquista moral que permitirá la pronta conquista material de Latinoamérica. Allí están Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, primera etapa de esta conquista. José Enrique Rodó, al igual que otros muchos latinoamericanos dan la voz de alarma de lo que está por venir. "La poderosa federación —dice— va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral". Se acepta su superioridad y, con ella, se aceptaría, igualmente, su derecho a predominar sobre nuestros pueblos. "...Se imita aquel cuya superioridad y prestigio se cree". Se acepta, en una paradoja de libertad, libremente, una nueva forma de dependencia, una nueva forma de servidumbre.

¿Quiere ésto decir que la América Latina ha de renunciar a incorporarse al progreso? Por supuesto que no. A lo que debe renunciar es a formar parte de él como instrumento. Ariel, que es el espíritu propio de esta nuestra América, no tiene porque renunciar a la prosperidad material que representa el progreso, que Rodó hace encarnar en el símbolo de Calibán. Lo que no debe aceptarse es que Ariel sirva a Calibán, sino Calibán a Ariel. Esto es, la América Latina puede hacer suyas la ciencia y la técnica, para explotar sus riquezas; trabajar debidamente para lograr los mayores frutos de estas riquezas, pero puestas al servicio de sus pueblos. Para alcanzar el progreso material, que encarnan los Estados Unidos, la América Latina no tiene por qué renunciar a sí misma. No puede renunciar a lo que es, a lo que ha llegado a ser a través de la amarga experiencia del colonialismo. Precisamente, para que no vuelva a repetir esta experiencia, y caiga en nueva dependencia. "Calibán —dice Rodó— puede servir a Ariel, si Ariel sabe orientar a Calibán. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu. La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente

para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección". ¿Qué es, entonces lo que ha de ser preservado de esta nuestra América, aquello a que no deben renunciar los latinoamericanos sólo para uncirse al carro de un progreso del que son únicamente instrumento? "El principio fundamental de vuestro desenvolvimiento —dice Rodó a los jóvenes de la América Latina— vuestro lema en la vida, debe ser mantener la *integridad* de vuestra condición humana. Debe velar en lo íntimo de vuestra alma la conciencia de la *unidad* fundamental de nuestra naturaleza que exige a cada individuo humano sea, ante todo y sobre todo otra cosa, un ejemplo no mutilado de la humanidad en que ninguna noble facultad del espíritu quede olvidada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa".[18] Esto es, el hombre integral, no mutilado; el hombre libre, sin dependencia alguna. Tal debe ser el hombre de esta América que viene pugnando, a lo largo de cuatro largos siglos, por emerger rompiendo servidumbre y diversas formas de esclavitud.

Expresando esta nueva filosofía surgirán, a lo largo de esta nuestra América, numerosos pensadores, formando la generación que se enfrentará a las nuevas expresiones del colonialismo, al neoimperialismo que ya asoma pujante al nacer nuestro siglo XX. Una generación que reclamará, una vez más, la vuelta a la propia realidad; a sus problemas y a la búsqueda de sus soluciones. Pero tratando, en esta ocasión, de no caer en nuevas trampas filosóficas que puedan preparar y justificar nuevas formas de dependencia. A esta generación pertenecerán los mexicanos José Vasconcelos, (1882-1959), Antonio Caso (1883-1946) y Alfonso Reyes (1889-1959); el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946); el argentino Manuel Ugarte (1875-1951); el venezolano César Zumeta (1860-1955); el peruano Manuel Gon-

[18] Rodó, José Enrique. *Ariel*, Montevideo, 1900.

zález Prada (1848-1918) y el cubano José Martí (1853-1895).

2.5 Salvación de las circunstancias

¿De qué pasado o historia, de qué realidad habrá de partir nuestra filosofía para que no repita la experiencia de nuestro filosofar en el siglo XIX? Del único pasado que tenemos, de la única historia y realidad que nos son propias, la Historia y Realidad de esta nuestra América. Debemos partir de nuestra única experiencia histórica, la de la colonización, la de la dependencia. Sólo partiendo de ella, conociéndola, podremos superarla y no repetirla. Es una realidad que sólo puede ser negada dialécticamente. Mediante la asimilación de su experiencia. Ahora bien tomar conciencia de la servidumbre no quiere decir aceptar la servidumbre. Conocerla debe ser el primer e ineludible paso para su superación. Tal deberá ser el primer paso de una filosofía que se considere a sí mismo como propia, original, en cuanto no repita un reflexionar que le es ajeno; y auténtico, en cuanto se preocupe por los problemas que angustian a los hombres de esta América.

Partir de la conciencia de la dependencia, decíamos, no es aceptar la dependencia. De esto eran ya conscientes varios de los miembros de la generación que se empeñaron en la emancipación mental de la América Latina. En forma muy especial Andrés Bello y Francisco Bilbao. La colonización impone servidumbre, pero no, necesariamente origina siervos o esclavos. La conciencia de la servidumbre hace que los hombres luchen por anularla dando origen a la libertad. Si no ¿como fue posible la gesta de la Independencia? se pregunta Andrés Bello. "Jamás —decía— un pueblo profundamente envilecido, completamente anonadado, desnudo de todo sentimiento virtuoso, ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustran las campañas de los patriotas, los actos heroicos de abnegación, los sacrificios de todo género con que... secciones americanas conquistaron su emancipación política". ¿Qué había en estos hombres que los hizo luchar contra el dominio ibero? Algo que este mismo dominio injertó, a pesar suyo, a los pueblos por él subyugados. Algo que los mismos dominadores habían reclamado para sí y expresaban como propio: la libertad, el derecho a la auto-determinación. Banderas con las que la misma España se había enfrentado a la dominación romana y francesa. En América, otros hombres también dominados reclamaron a España lo que ella había reclamado a sus dominadores. Las hazañas de Numancia y Zaragoza fueron reproducidas a lo largo de la América que arrancaba su libertad a España. "Los capitanes y legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados —dice Bello— por los caudillos y ejércitos improvisados de otra Iberia joven, que adjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua defensa de los hogares".[19]

Francisco Bilbao, admirador de los Estados Unidos y de sus instituciones, encuentra que no todo es necesariamente grande en ese pueblo, como no todo tiene que ser negado en esta nuestra América. La América del Norte, pese a sus grandes cualidades, en su crecimiento había olvidado los ideales por los cuales luchó y no quería reconocer en otros pueblos. Por ello, "despreciando tradiciones y sistemas, creando un espíritu devorador del tiempo y del espacio, han llegado a formar una nación, —dice Bilbao— un genio particular... y volviéndose sobre sí mismos y contemplándose tan grandes, han caído en la tentación de los titanes, creyéndose ser los arbitros de la tierra y aun los contenedores del Olimpo". Pero pese a ser tan grandes y poderosos "no abolieron la esclavitud de sus estados, no conservaron las razas heroicas de sus indios, ni se han constituido en campeones de la causa universal, sino del interés americano, sino del individualismo sajón [por ello] se precipitan al Sur", comenta Bilbao recordando la guerra hecha a México y la amputación de su territorio, en 1847. Hay mucho sí, que aprender de esta nación, pero también esta nuestra

[19] Bello, Andrés. *Opus. Cit.*

América tiene mucho que aportar a la historia del hombre; a la historia de las luchas por la libertad y dignidad humana. No todo es negación, oscuridad, esclavitud y servidumbre. A pesar del ineludible pasado que nos ha sido impuesto, agrega Bilbao, "hubo palabra, hubo luz en las entrañas del dolor, y rompimos la piedra sepulcral, y hundimos esos siglos en el sepúlcro de los siglos que nos habían destinado [después, en seguida] hemos tenido que organizarlo todo. Hemos tenido que consagrar la soberanía del pueblo en las entrañas de la educación teocrática. Y a pesar de los múltiples obstáculos, a pesar de nuestra educación, a pesar de los hábitos y costumbres que nos fueron impuestos —agrega comparando a esta nuestra América con la América Sajona— hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las repúblicas del Sur, nosotros los pobres, y vosotros los felices y los ricos no lo habéis hecho; hemos incorporado e incorporamos a las razas primitivas... porque las creemos nuestra sangre y nuestra carne, y vosotros las exterminaís jesuíticamente [nosotros] no vemos en la tierra ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre; el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentran en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano. He aquí -concluye- lo que los repúblicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado del orgullo, de las riquezas y el poder de la América del Norte".[20]

José Martí, décadas más tarde, hará de ese pasado latinoamericano que se quiso negar indiscriminadamente, el punto de partida de un futuro auténtico, propio, al servicio de sus hombres. Es por ello que nuestra filosofía ha de partir de la realidad que en vano se ha querido negar. Ha de partir de sus indios, criollos y mestizos. Ha de partir de la conciencia que estos hombres han tenido de servidumbres inaceptadas y de los esfuerzos hechos por anularlas. Fue un error pensar de otra manera, dice Martí: "ni el libro europeo, ni el libro yankee, daban la clave del enigma hispanoamericano. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu. Por eso el libro importado ha sido vencido en los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico —y replicando a Sarmiento agrega— no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza".

[20] Bilbao, Francisco. *El evangelio americano.*

El latinoamericano no se puede negar a sí mismo. No puede negar lo que ha sido, ni lo que es. Pretender tal cosa es caer en la trampa del colonialismo. ¿Por qué esta América ha de negar a sus indios? ¿Por qué ha de negar a sus mestizos? ¿Por qué ha de negar a sus criollos? ¿No es ella india, mestiza y criolla? La única posibilidad de negación es la asimilatoria. Esto es, el que algo deje de ser por el hecho de haber sido. Que lo que fue sea sólo una experiencia para lo que debe ser. Martí se lanza violento contra quienes niegan a sus indios, a la madre indígena, pretendiéndo así igualarse al padre colonizador para el que sólo es un siervo: "¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones! de la madre enferma, y la dejan en el lecho de las enfermedades... maldiciendo del seno que lo cargó. ¡Estos hijos de nuestra América, que han de salvarse con sus indios..., estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios!". Sobre ese pasado que se quiere negar y borrar, por considerarse inferior al de los nuevos señores, hay que levantar el futuro propio de esta nuestra América. Los hombres de esta América, por haber tenido que luchar contra la servidumbre y la esclavitud, tienen un pasado difícil de igualar por su grandeza. La grandeza del hombre que lucha por su dignidad y no, simplemente, por alcanzar este o aquel efímero bienestar material. Pregunta Martí: "¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea, del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar

de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas".

No es usando la levita, de que hablaba Sarmiento, que se salva a un pueblo. ¡Qué gran error! Martí describe la ridícula figura de los latinoamericanos empeñados en semejarse al dominador europeo o norteamericano. "Eramos una máscara —dice—, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España". Mientras nuestros hombres, aquellos con los que convivimos, en las múltiples expresiones de nuestra raza, eran mirados de soslayo. "El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor... El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, sólo y desconocido... El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza". Nada tenía que ver ese ropaje extraño a nosotros. Por usar la levita tratamos de ignorar al indio, al negro, al campesino que no tenían porque usarla y parecían desentonar en un cuadro extravagante. Lo inteligente habría sido, lo que proponía Rodó, asimilar lo extraño, haciendo de él parte del mundo y realidad latinoamericana, que no tenía porque ser borrada en beneficio de algo que le era extraño. "El genio hubiera estado —agrega Martí— en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lugar al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella". Y en una afirmación optimista, agrega Martí: "los levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y las levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación". "Leer para aplicar, pero no para copiar".

¿En dónde está pues el error? ¿El error cometido en el mismo momento en que alcanzamos nuestra independencia política? En nuestro modo de pensar, en la filosofía que adoptamos sin crear nuestra propia filosofía reflexionando sobre nuestra realidad, sin culparla por ser, precisamente real. La realidad es lo que es y, si ha de ser transformada, tendrá que serlo a partir de su pleno conocimiento y no a partir de ideas que le son extrañas. "La incapacidad no está en el país naciente —dice Martí— que pide reformas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos", de diecinueve siglos de monarquía francesa o de otras muchas y largas experiencias ajenas a nuestra propia experiencia. "El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país".

Para hacer posible ésto, agrega Martí, habrá que enseñar a los hombres de esta América a enfrentarse a su realidad. A conocerla para potenciarla. La Universidad europea, dice, ha de dejar su lugar a "la Universidad Americana". Toda la historia de América, de los incas a nuestros días debe ser enseñada al dedillo, aunque no se enseñe en su detalle la de Grecia. "Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra". "Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestra República el mundo; pero el tronco ha de ser nuestra República". Los pedantes, los que ven con desprecio nuestra historia, nuestro modo de pensar y actuar, deberán callar, "que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas".[21]

[21] Martí, José. *Nuestra América*, en Antología de *precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*, de L. Zea. Sep-Setentas. México, 1971.

3. Conclusiones

La filosofía latinoamericana de nuestros días sigue la línea que le han marcado sus antecesores. Insiste en este conocimiento de la propia realidad, sin olvidar que la misma, es parte de una realidad, más amplia, planetaria. Buscando en sí mismos, los representantes actuales de esta filosofía, se han encontrado con otros muchos pueblos y hombres en situación semejante a la nuestra. Nuestros problemas resultan ser problemas de otros hombres y pueblos. El problema central, lo sigue siendo el de la conciencia de la dependencia y el de la necesidad de trascenderla, de ponerle fin. Armada con otras técnicas, de otros métodos, replantea los problemas que se han venido planteando nuestros pensadores. La reflexión sigue enfrentando problemas muy semejantes y tratando de darles soluciones más amplias. Un filosofar, como se habrá podido apreciar, que no se queda en lo abstracto y trata, por el contrario, de originar acción. Las generaciones que antecedieron a la que ahora las releva, usaron lo mismo la pluma que la espada. Pensaron pero también actuaron. Fueron filósofos, pero también educadores y guerreros. La filosofía latinoamericana de nuestros días se sabe continuadora de la de los filósofos que le antecedieron, lo mismo en el pensamiento que en la acción. Por ello, y esto es sintomático, preguntando Fidel Castro sobre los culpables intelectuales del primer intento revolucionario en Moncada, contestó: "La culpa es de Martí". Martí y sus iguales en Latinoamérica se prolongan en la Revolución Cubana. Así lo reconocen sus líderes. Esto es, nuestra reflexión y nues-

tra acción, en la medida en que son auténticas, se encuentran estrechamente ligadas a ese pasado. A un pasado que no puede ya ser negado, ignorado.

Sobre este pasado vienen urgando los historiadores de las ideas de nuestra América. Mostrando la includible originalidad de nuestro filosofar, expresa ya en la misma adopción de filosofías y sistemas que debían ser adaptados a la realidad que las instrumentalizaba. Pero muestra, también, cómo en la adopción de ciertas ideas pueden también adoptarse, los intereses de sus creadores, dando así lugar a nuevas formas de dependencia. Por lo cual toda adopción deberá ser hecha, cuando se haga, con sumo cuidado para que su argumentación no sirva de conducto para la aceptación de nuevas formas de dependencia. De allí, también, una honda preocupación en la filosofía latinoamericana de nuestros días, expresa en el calificativo de filosofía de la liberación. Esto es, filosofía preocupada por mostrar los resortes y posibilidades de esa liberación, al igual que la anulación de toda expresión de dependencia, mostrando al mismo tiempo los ocultos resortes de la dominación en que cualquier sistema, aún el que hable de libertad, puede convertirse si no se usa en función con las metas propias de los hombres y pueblos de esta nuestra América.

Conocer e inclusive, asimilar cualquier nueva expresión de la filosofía de otros pueblos y hombres, pero siempre en función con las necesidades de nuestros pueblos y hombres. No ya el estar, simplemente "a la moda", sino la aceptación de métodos y doctrinas que puedan ser auxiliares de nuestro propio reflexionar filosófico, atendiendo nuestros problemas, buscando soluciones a los mismos. No estar a la moda, sino a la expectativa del reflexionar de otros hombres y pueblos, por lo que este filosofar pueda tener de común con el nuestro, filosofar de un grupo de hombres y de un pueblo concretos. Buscando, no la universalidad por la vía de la imitación, sino la universalidad por cuanto nuestros problemas y soluciones puedan ser los problemas y soluciones de otros

hombres y pueblos. Y desde este punto de vista aportar a la filosofía sin más nuestra propia experiencia. La experiencia de hombres, como todos los hombres, con situación y una historia concreta.

Ejercicios

Primera parte

"*¿Existe una filosofía americana?*" El estudiante podrá leer el trabajo de Augusto Salazar Bondy que lleva el título de *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, Siglo XXI, México 1975; y mi libro *La filosofía americana como filosofía sin más de respuesta a esa pregunta,* Siglo XXI. México 1975.

Para ver las relaciones de la filosofía con las circunstancias históricas de sus autores, mi libro *Introducción a la filosofía,* Imprenta Universitaria. Igualmente para la relación del pensamiento latinoamericano con la realidad en que se origina, mi libro *El pensamiento latinoamericano,* Ariel - Seix Barral, México, 1976.

Respecto al sentido filosófico de la historia de América Latina deberá hacerse la lectura del libro de Abelardo Villegas, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano,* Siglo XXI y mis libros *América como conciencia,* Imprenta Universitaria, México, 1972; *América en la historia,* Revista de Occidente, Madrid, 1970 y *Dialéctica de la conciencia americana,* Alianza Editorial Mexicana, México, 1976.

Hechas estas lecturas replantearse la misma pregunta dándole la respuesta que tal lectura y el criterio del alumno, haya originado.

"La filosofía latinoamericana y su problemática".

1. Explicar en qué forma se hace expresar la conciencia de la dependencia de América en la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar.

2. Lectura de Andrés Bello: *"Investigación sobre la influencia de la conquista y sistema colonial de los españoles en Chile"*, en *Antología del pensamiento hispanoamericano* de José Gaos. Edit. Séneca. México, 1945. Para una visión general de la filosofía preocupada por la Emancipación mental de latinoamérica, ver la Primera Parte de mi libro, *El pensamiento latinoamericano,* Ariel Seix Barral, México, 1976.

3. Lectura de *Facundo, civilización y barbarie,* de Domingo Faustino Sarmiento, destacando la solución que el autor ofrece al problema de la emancipación mental latinoamericana.

4. Lectura de *Ariel* de José Enrique Rodó, ver la relación que guarda el símbolo de Ariel con el símbolo Calibán. Su crítica a la nordomanía, comparándola con la tesis de Sarmiento. Ver, igualmente, *La raza cósmica* de José Vasconcelos, *La última Tule* de Alfonso Reyes, *México,* "Apuntamiento de cultura patria" de Antonio Caso.

5. Lectura de José Martí, *Nuestra América,* destacar como expresa su preocupación por dar a esta América soluciones que tengan como punto de partida la realidad de esta misma América. Comparar su actitud con la actitud expresa en el *Facundo* de Sarmiento.

6. Completar la visión de la filosofía latinoamericana con la lectura de los libros de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México;* de Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa;* y de José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.* Destacar su problemática, semejanzas y diferencias. Una visión general del pensamiento filosófico contemporáneo lo dará la lectura de Francisco Miró Quesada en su libro *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano,* Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

Esta obra se terminó de imprimir el día 6 de Agosto de 1976 en los talleres de Imprenta Venecia, S. A. La encuadernación estuvo bajo el cuidado de Industrial Procesadora de Ediciones, S.A. La tipografía, composición y supervisión estuvo a cargo de Editorial Edicol, S.A. Blvd. M. Avila Camacho No. 40-316 Naucalpan de Juárez, Edo. de México.

El tiro fue de 21 000 ejemplares